Hierbas santas

Amma Huriya, la madre de Saady Alya, el marido de Rima, gustaba de coleccionar hierbas que salía a recoger al monte los días y las noches prescritos. Lloviera o no lloviera, en verano o en invierno iba a buscarlas y las arrancaba con sus propias manos, las secaba al sol y las pulverizaba en un almirez que había sido ya de su abuela. Todos la creían un poco bruja buena o, mejor, curandera de catarros y dolores menstruales y ella atendía a grandes y chicos con paciencia y sabía contentarlos con poco.

La noche de aquel 23 de marzo fue luna nueva y ella había decidido ir a recoger romero en el pedregal de Abou Jabir. Sin embargo, no se atrevía a decírselo a nadie (ni siquiera a Rima) porque estaba segura de que, en el mejor de los casos, intentarían disuadirla y terminarían por obligarla a quedarse en casa. La verdad es que unos y otros tenían miedo no solo de las posibles escaramuzas entre los partisanos y los *yahud* sino de cualquier imprevisto en general. Yo sabía que tenían razón pero a *Amma* Huriya ese miedo le daba un poco igual. Ella se sentía feliz cuando descubría la mata de orégano que necesitaba para preparar un bebedizo contra las picaduras de las serpientes. O cuando encontraba algo de estramonio que, mezclado con hojas de tabaco, venía tan bien a los asmáticos. ¿Qué tenía que ver esto con el miedo? Me explicó lo útiles que serían, si alguien caía enfermo o herido, la cantidad de remedios que podrían fabricarse con sus hierbas y cómo nos llevaría muy poco tiempo dar con ellas en aquella noche, aparentemente, tan tranquila. Yo ya conocía el poder que tenían las palabras para trastornar, para impulsar. Pero la

fuerza, el poder que tenían las palabras de *Amma Huriya* para convencerte de que no ocurría nada o, más bien, de que nada de lo que ocurriese podía ser verdaderamente definitivo eso, lo descubrí aquella noche.

A las afueras del pueblo, sobre una de las colinas que dominaban hacia el oeste la entrada de Wadi Ali, hicimos un alto. La claridad de la luna nueva no era suficiente para iluminar las trochas y apenas se distinguían los montes cercanos de perfil redondeado y suave como hombros adormilados. El viento se había calmado pero hacía mucho frío y aunque las estrellas brillaban intensamente su fuego no conseguía alcanzarnos. Entonces *Amma Huriya* sacó la mecha de su linterna y la encendió con la llamita del mechero, después la puso en su sitio y cerró la linterna con el cristal. Mientras se afanaba en descubrir sus hierbas santas como ella las llamaba, yo me puse de puntillas y a lo lejos, muy a lo lejos en dirección a Yaffa, intenté rastrear el olor del mar.

Imaginé la marea arrastrando hasta la playa de grava, allá abajo, las algas marrones y verdes de los bajíos, sólo que no eran algas sino cabelleras humanas largas y onduladas, el pelo gris y rizado de mi padre, lo que iba llegando con la marea. En la arena, la espuma de las olas relucía como un encaje y las huellas de pájaros invisibles se borraban bajo el soplo de la brisa. Pero los cuerpos no aparecían. Lastrados con penas pesadísimas se asentaban en el fondo. El lecho de la bahía de Yaffa se había convertido en un *makbara* y las losas de nácar se cuarteaban entre las rocas. Cerré los ojos y sentí cómo los peces se paseaban también por lo vacío de mi cráneo.

Durante muchos meses después de abandonar Yaffa, seguí padeciendo ausencias. Cuando me recuperaba, no recordaba nada de lo que había sucedido pero por lo que me contaban, en aquellos momentos cambiaba de expresión, los ojos fijos en algún punto inescrutable, los párpados semicerrados y, a mi alrededor, una especie de aura transparente que me aislaba por completo del mundo exterior. Nada podía alcanzarme: ni los ruidos ni las voces ni tampoco, durante cierto tiempo, las sacudidas que me propinaban asustados aquellos con los que me encontraban y que, como es lógico, lo único querían era despertarme. Bueno, pues algo de eso ocurrió la noche en que salí a buscar hierbas con *Amma* Huriya. En algún momento, la realidad desapareció y los peces comenzaron a pasearse por mi cráneo y yo los veía, y los sentía al mismo tiempo, dentro y fuera de mí, medusas transparentes plegándose y desplegándose en el seno de las aguas como un pequeño paraguas forcejeando por abrirse.

Ya! Ya, habibati! sus manos, las manos de *Amma* paseándose por mi cara, encima de mis párpados y luego sacudiéndome los hombros y de nuevo delante de mis ojos rápidas, chasqueando los dedos mientras repetía ¡vamos, vamos querida mía tenemos que regresar enseguida, vamos! y yo que iba andando como una autómatas hasta que oí el estruendo o quizás más bien el eco de un estruendo que procedía del noroeste, como a un diez kilómetros por detrás de las colinas, y de nuevo los gritos de *Amma* ¡son cañonazos, están disparando sobre Qastal! o sobre Qalonya ¿Cómo saberlo, *Amma*? Y ella: ¡da lo mismo! corre, corre tenemos que volver, ¡en seguida!